

Autodidactas en reivindicación

Manuela Alzate Colorado*, Valentina Vargas Molina**

Presentado: julio 31 de 2017 - Aprobado: septiembre 3 de 2017

Más de un siglo en papiros, una frontera en medio del formalismo y el fondo, un diálogo entre títulos en contienda y, etimológicamente, un “de nuevo” para las causas perdidas; porque en las últimas letras, renace la expresión del asiento o la oposición... A las veces, la fortuna de leer poesía si está en firma Trindade; Sentires de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Resumen

Este artículo es una narración de la experiencia vivida, a través del acercamiento y la participación, en diversos eventos sobre derechos humanos (DDHH) del ámbito nacional e internacional. Se relata, principalmente, el recorrido por los concursos de modalidad Moot Court, en los que las semilleristas Manuela Alzate Colorado y Valentina Vargas Molina representaron a la Universidad Autónoma Latinoamericana -UNAU-LA. Fundamentalmente, se busca plasmar la preparación, intervención y aprendizajes durante las competencias, contextualizadas en diferentes viajes, donde la expresión

* y ** Estudiantes de la Facultad de Derecho, Universidad Autónoma Latinoamericana. Actualmente, cursan el octavo semestre. Semilleristas desde el 2014-2, en el semillero Interuniversitario de Abolicionismo Penal “Colectivo contra el castigo” y del Semillero de DDHH, DIH y sus mecanismos internacionales de protección, desde 2016-1. Semifinalistas de la catorceava versión del Concurso Universitario de DDHH y del Concurso Interamericano de DDHH, en su versión veintidós. Todas las fotografías fueron tomadas por las autoras.

cultural fue predominante en el sentir de los diversos discursos en DDHH. Resulta relevante que la comunidad unaulista conozca las ventajas y los retos de este tipo de actividades académicas, para que se motive a participar en ellas y pretenda llegar más allá de lo logrado.

Palabras claves: Derechos humanos, Moots Courts, SIDH, semilleristas.

La curiosidad unida a la posterior inspiración inició desde las lecturas sobre el Sistema Interamericano de Derechos Humanos (SIDH), cuando la diferencia entre carga y pasión empezó a retumbar desde los poros. El primer escenario ante los “Honorable juezas y jueces de la Corte Internacional de Derechos Humanos (CorteIDH)” fue en una clase de Derecho Internacional Humanitario (DIH) en UNAULA; para luego, en ese mismo segundo semestre del año 2015, ser parte del equipo de logística del Curso-Concurso Internacional de DDHH en Medellín, promovido por el Instituto Colombiano de Derechos Humanos (ICDH), un espacio donde con alivio entendimos que sí es posible comer de los derechos humanos. Un año después, vino un concurso interno realizado con el fin de elegir quiénes representarían a la universidad en el catorceavo Concurso Nacional de la Defensoría del Pueblo en el año 2016, con sede en Pereira. Afirmando la participación en este último concurso, sucedió una aventura en Bogotá y, finalmente, en 2017, el Concurso Interamericano de DDHH, el American en Washington D.C.

¿Si Dios fuese un activista de los derechos humanos?⁴⁴

No pretendemos todavía darle un final a la que hoy se alude. Se ha construido cuando sus caminantes han materializado lo idealizado, porque han edificado puentes de comunicación aún en abismos, desarrollando el ser autodidacta. Entonces, no es posible afirmar que se le concluyó en Washington D.C., solamente se alcanzó una de sus crestas, pero hay que contar quién es ella, la historia.

Las lecturas de los sentires de la CorteIDH, una audiencia simulada en la materia de DIH, y a continuación... Nuestro primer voluntariado en logística en el Curso-Concurso Internacional de los DDHH promovido por el ICDH, fue por dos semanas, en

44 De Sousa Santos, Boaventura. Si Dios fuese un activista de los Derechos Humanos. Ed. Trotta S.A. 2014.

compañía de varios estudiantes de la universidad, con la dirección del profesor Elkin Eduardo Gallego y coordinados por Harvey Junior López y Katherine Moreno, trabajadores del Instituto en ese entonces. Durante la primera semana, fuimos “oficiales de la CortelDH” y al día podíamos asistir a entre tres y seis audiencias, por lo que tuvimos la posibilidad de ver a equipos y jueces sumamente variados, donde el estilo de unos podía coincidir con la subjetividad de otros y, al ser un concurso, comprendimos que el talento y el azar deben ir al unísono si la meta es ganar. Sentimos que esa primera experiencia nos dio la oportunidad de vibrar con otras humanidades que, al igual que nosotras, tenían ansias por formarse como defensores y defensoras de DDHH.

En este concurso fue posible compartir con especialistas de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y con estudiantes de diferentes países, que anhelaban llegar o al menos pasar por donde se encontraban sus evaluadores. Así que para nosotras fue una gran oportunidad poder presenciar las retroalimentaciones que hacían los jueces a los equipos, por lo que al día nos íbamos con una lista mental de qué podíamos hacer o no en una audiencia. Pues aunque juega con la subjetividad de quien tienes al frente, debemos decir que también veíamos las diversas formas en que un orador u oradora podía presentarse, aludir al fondo, a las reparaciones y al peticionario. De esta manera era posible unir las aptitudes de cada persona, y al final, tener la mejor presentación de acuerdo a lo que cada una buscaba de sí misma.

Durante esta experiencia, creamos redes de amigos que en el camino se iban a convertir en nuestros tutores en próximos concursos. Por ejemplo, Sara Ramírez y Lucas Quintero, que habían participado en concursos pasados representando a UNAULA, fueron un gran apoyo por sus recomendaciones teóricas y su empirismo cuando se trata de manejar el entorno en una audiencia. También conocimos a Juan David González, un politólogo con un enfoque en DDHH y DIH, a lo que se suma su bella vocación de compartir el conocimiento. Sin dudarlo, a nuestros tutores de ahora y de aquel entonces, inmensa gratitud, porque afirmamos que no todo aquel que sabe está dispuesto a enseñar.

En la segunda semana, tuvimos la oportunidad de colaborar en el curso de DDHH, el cual se ha destacado por sus reconocidos invitados como Alejandro Valencia Villa, Ania Salinas, Mayra Falck, Nelson Camilo Sánchez, Rodrigo Uprimny, Julissa Mantilla, Silvia Serrano, Cristián González, Mario López Garelli, Manuel Ventura Robles, Mónica Roa, Sergio García Ramírez, entre otros; quienes con sus conocimientos y humildad, propiciaron que creciera cada vez más el amor y el interés por esta temática

que integra un sinfín de emociones, conceptos y debates con tendencias jurídicas y morales.

Al terminar las dos arduas semanas de trabajo, concluimos que era cierto lo que afirmaba Zamir Fajardo Morales, en palabras nuestras, acerca de que los derechos humanos son como un bicho, que una vez te pica, no es posible deshacerse de su efecto. En consecuencia, decidimos ingresar al “Semillero de DDHH-DIH y sus mecanismos internacionales de protección”, porque entendimos que una de las formas de escalar en este escenario era a través de los concursos, pero esta vez no como espectadoras u oficiales de Corte.



En abril del año 2016, aproximadamente, decidimos ser parte de los concursos desde otra faceta y participamos en la convocatoria realizada por la Facultad de Derecho para el concurso interno, cuyo cometido era elegir el equipo que representaría a UNAULA en el Concurso de la Defensoría del Pueblo. La temática era sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales (DESC), así que implicaba desbordar creatividad jurídica para convencer al jurado sobre su justiciabilidad, pues nuestro rol era de representantes de víctimas. En este sentido, estábamos invadidas de miedo porque nos íbamos a enfrentar con personas que, en edad y en semestre, eran mayores a nosotras, a excepción de unos cuantos, como dos amigos, Valentina Vargas Escobar y Nicolás Bernal García. Recordamos que en ese tiempo, el asunto era de “foguearse”.

Ser el equipo electo por la Facultad era una razón para emocionarse. No obstante, nuestra participación en el concurso aún no estaba asegurada, pues la Defensoría del Pueblo realiza un filtro, es decir, en el año 2016, se presentaron setenta y tres equipos,

de los cuales solamente iban a la fase oral los veinticuatro con mejores puntajes en memoriales. Para nuestra dicha y la de UNAULA, obtuvimos el mejor memorial en el rol de representantes de víctimas, con el puntaje más alto del concurso.



La temática de este concurso fue sobre reclutamiento ilícito de Niños, Niñas y Adolescentes (NNA), justicia transicional, conflicto armado interno y género. En realidad, consideramos que es el caso más complejo que hemos trabajado, pues eran catorce víctimas y cada una, después del reclutamiento, fue envuelta en una sucesión de acontecimientos que no podíamos omitir en el análisis. Por lo que el reto más grande fue abordar cada víctima de forma sucinta, dentro de los límites del memorial y del tiempo en la fase oral. Fue un caso que hoy recordamos con un gran cariño porque lo sentimos y, al estar referenciado por la legislación colombiana, permitió el debate entre nosotras, más allá de estar sujetas a un rol en el que debíamos mantener una postura por estrategia. Fueron problemáticas como ¿las Bandas Criminales (BACRIM) pertenecen al conflicto armado interno colombiano? ¿Las familias de los NNA tienen derechos al lucro cesante? ¿Cuál es la responsabilidad del Estado frente al reclutamiento ilícito de NNA? Fue más bello todavía encontrarse este tipo de preguntas en las clases que posteriormente íbamos a ver, porque en definitiva, es cierto aquello de que los concursos te brindan competencias a nivel académico desde la investigación, que se ven materializadas en la práctica, por ejemplo, en el litigio.

De igual forma, nos sentimos muy agradecidas con el Concurso Nacional porque fue el primer escenario en el que se nos llamó “oradoras” y, por lo tanto, hacíamos

parte de la competencia. Esto ya era motivo de alegría, pues sentimos que este concurso premia el mérito de los estudiantes, porque a diferencia de otros, quienes van a la fase oral no tienen que pagar obligaciones como la inscripción, tiquetes aéreos, viáticos y demás; dado que la Defensoría del Pueblo se encarga de cubrir dichos gastos, como reconocimiento a los equipos que pasaron el filtro del memorial. Igualmente, fue una grata experiencia, porque ni las oradoras ni la observadora (Valentina Vargas Escobar) conocíamos Pereira, lo que permitió, desde un inicio de esta aventura, confirmar que lo que más disfrutamos de los DDHH es viajar.

El hecho de estar todas las personas participantes del concurso en un mismo hotel, nos permitió aumentar aquella red de amigos que es posible crear y afianzar cuando se trata de DDHH. Nos encontrábamos hospedadas al frente de la Plaza del Bolívar Desnudo. Nos causaba conmoción abrir las persianas de la habitación a las 5:00 a.m. —debido a que nos disponíamos a estudiar para las audiencias— y observar hombres y mujeres que acondicionaban su lugar en la plaza, para iniciar el día como “limpiabotas”. En realidad, es una labor muy tradicional, pero que en Pereira se hacía bella por el orden que se manejaba en la plaza, en el sentido de que hay cubículos donde las personas pueden ejercer esta labor de una forma más organizada, comparado con otras ciudades, y sin tener que trasladarse en busca de los clientes, porque estos son quienes saben dónde ir si desean lustrar sus zapatos.

Respecto a las audiencias, fueron cuatro, dos de preliminares y dos de semifinales, a esta última fase pasaron ocho equipos, cuatro en cada rol. Por supuesto, fue causa de gritos y hasta de llantos que estuviera UNAULA en la lista de los ocho mejores equipos en el Concurso Nacional de DDHH. En alusión a nuestras audiencias, hoy nos reímos hasta de los comentarios que pudieron restarnos esperanzas para una final, porque es recordar que quien conoce a Manuela nerviosa, sabe que habrá un momento en el que va a gritar, aunque lo haga con naturalidad, y a Valentina, claramente la verá con zonas rojas en su rostro. Lo curioso de este tipo de reacciones es que una vez se finalizaba la audiencia, en equipo hablábamos de lo que pasó y ninguna de las oradoras nos dábamos cuenta de lo que pudimos haber hecho. En realidad, los nervios se manifiestan de múltiples formas en distintas personas, pero pareciera, por generalidad, que el cuerpo y la mente no presencian nuestras expresiones cuando el miedo se adueña de nuestros sueños. Es por esta razón que ser espectador o espectadora facilita apropiarse de las ventajas y desventajas de un equipo, cuando se trata de formar el propio, sin embargo, es en audiencia cuando surge la cuestión en qué debemos trabajar.

No podemos desconocer o callar que en esta versión del concurso hubo jurados que, a nuestro parecer, no eran las personas idóneas para la temática de DDHH, porque en definitiva, no a todo profesional le interesa o la estudia desde la óptica del SIDH. Igualmente, entre los evaluadores que nos escucharon –aunque fue la excepción, pero pasó, a nuestro criterio–, se les olvidó que de la misma manera que ellos, nosotras éramos estudiantes, calidad que no debió ser subestimada. No obstante, en la primera audiencia, un juez –quien actualmente tiene un gran reconocimiento en este gremio y que fue un placer que nos escuchara, en palabras nuestras– concluyó que los agentes del Estado eran serenos y pausados al expresarse, mientras que nosotras éramos vehementes por lo que manteníamos la atención. Así que él celebraba encontrarse con la variedad de estilos en argumentación y oratoria, porque en estos tiempos parecieran no valorar la diferencia.

Concluimos este concurso con el mejor memorial y un tercer puesto en la fase oral. En palabras de Boaventura de Sousa, “la gran mayoría de la población mundial no constituye el sujeto de los derechos humanos, sino más bien el objeto de los discursos sobre los derechos humanos”.

En el mes de diciembre, con ocasión de pertenecer al Semillero y finalizados ambos concursos, el interno y el de la Defensoría del Pueblo, nos apuntamos de nuevo a ser voluntarias de una versión más del Curso-Concurso del ICDH, con sede en Bogotá. Viajamos con tres compañeras más de la universidad, Natalia García, Valentina Escobar y Alejandra David, con quienes entendimos que el reto no era solamente el evento, sino también la convivencia durante los diecisiete días que estuvimos juntas, ya que el trabajo era abrumador, por lo que inevitablemente debía influenciar en nuestros estados de ánimo. Así que esta vez el canal de comunicación fue el respeto, la escucha y la comprensión.

De esta experiencia, nos llevamos una noche en particular, en la que entre risas y lágrimas, cada mujer pudo expresarse en historias y, si la memoria nos remite... Qué bello fue, sin dudarlo, nos acercamos más a nuestra humanidad, logramos vislumbrar y aplaudir las personas que éramos hasta ese entonces, por lo que afirmamos “la de al lado no es competencia, es compañera”.

Fue gracias a esa participación en el Concurso Nacional y a los logros obtenidos, que encontramos una motivación para pensar en tener una segunda oportunidad, un reto mayor, y con ello comenzó un nuevo sueño, una nueva meta. Así fue como decidimos participar en el Concurso Interamericano de Derechos Humanos, en Washington D.C.



Este concurso, puede decirse, es el más antiguo dentro de los Moot Courts en Derechos Humanos. Lleva realizándose durante veintidós años consecutivos, logrando exponer diversos temas novedosos en DDHH y derecho internacional. Es un evento trilingüe (español, portugués e inglés) que permite la interrelación entre personas de todo el mundo, facilitando crear una red académica y social entre los ex participantes. Era inevitable sentir mayor nerviosismo, pues el promedio de equipos participantes en anteriores versiones era de cien universidades. Evidentemente es un panorama donde es casi imposible no sentirse como una aguja dentro de un pajar, sin embargo, era una aventura que para nosotras valía la pena en cada palabra escrita del memorial, cada revisión, cada ensayo, porque dejando la competencia de lado, no solo el aprendizaje se expandió, sino también nuestras visiones y caminos.

Teniendo la puerta enfrente de esa nueva presentación delante de la Honorable Corte, debemos decir que hubo que desafiar diversas situaciones antes de cruzarla. Luego de solicitar la aprobación para nuestra participación, fueron numerosos días esperando que esta fuera aceptada, confiando en que los méritos que habíamos construido como equipo nos permitirían representar a UNAULA, y con ello, acercarnos de a poco a nuestro destino: el atril, el micrófono, los argumentos, el hormigueo en los brazos y la famosa frase “agradezco su pregunta honorable juez o jueza”. Con la llegada de la noticia, comenzó el tiempo del papeleo, las peticiones y la espera. Una

vez inscritas, sabíamos que iniciaba la cuenta regresiva, que era momento de darlo todo para lograr la mejor representación, no solo de la universidad, sino también de nosotras mismas. Qué mejor forma de hacerlo que el rol que nos apasiona tanto y nos permite empoderarnos en nuestra defensa: representantes de las víctimas.

Con la inscripción, un segundo paso, menos distancia entre el equipo ciento treinta y nueve y la famosa “American University Washington College of Law”. Pero antes necesitábamos algo indispensable, la visa americana. Con el fin de solicitarla, tuvimos la oportunidad de viajar solas hasta Bogotá, aunque nos enfrentamos a algunas caras largas y serias, extensas filas, tener dudas y revisar numerosas veces las huellas dactilares. Al final, dejamos la embajada con una sonrisa y el esperado “su visa ha sido aprobada”.

Pasaron los días, y con la mitad del memorial en nuestros archivos, los tiquetes comprados y el hospedaje registrado, estábamos más cerca que nunca... Incontables horas frente al computador, momentos de crisis ante la inseguridad de algunos argumentos, relectura del caso para no dejar escapar ningún detalle; así fue como finalmente terminamos el escrito que nos tomó días enteros y del cual esperábamos los mejores resultados. En esta ocasión, no debíamos esperar el filtro que nos asegurara nuestra participación en las rondas orales, por eso nos dimos unos días de descanso para comenzar las prácticas del discurso, las temidas pero amadas preguntas, el público y el desafío con nosotras mismas. Sin embargo, con la carga académica del semestre, cuestiones del día a día y demás, sentimos en algún momento que a nuestra preparación le faltaba algo, no existía la misma presión de los concursos pasados. Fue luego de hablar con un viejo amigo que nos convencimos de que la preparación se realiza paso a paso, que a ella contribuye no solo lo que se hace en específico para un concurso, sino lo que se aprende con el correr del tiempo, con eso que va creciendo en la pasión por los derechos humanos, esa causa que muchos creen perdida, pero que ha llenado nuestro paso por la universidad de enormes aprendizajes.

Para la versión de este año del concurso, el tema se centró en la relación entre los DDHH y el DIH, una temática de la cual no teníamos muchos conocimientos, lo cual implicó un mayor esfuerzo para su análisis e investigación. Al final de toda la competencia, comprendimos su necesidad y aplicabilidad en el día a día, además de mostrarnos un sinfín de contextos y problemáticas actuales, contiendas que deben abordarse en el marco de esta rama del Derecho. Si bien cuando iniciamos el estudio

del caso no nos generó tanta empatía y emoción como el del Concurso Nacional, con el tiempo y la dedicación comprendimos su importancia, pues a pesar de que la tendencia en los Moot Court es presentar casos que se consideran como extremistas, el de “Ricardo Madeira y otros vs. Zircondia” era un caso que factiblemente puede ocurrir en cualquier lugar. Esto debido a que los estados de emergencia y el conflicto armado interno se han presentado en diversos países y en distintas épocas, evidenciando cómo en situaciones que parecen cotidianas se vulneran también DDHH, incluso a los llamados “victimarios”. Lo anterior es de resaltarse, porque desde este tipo de concursos pareciera que dan el mensaje de que solo en casos mediáticos o que exceden límites imaginables se vulneran DDHH; cuando también existen marcos de violación que hemos llegado a normalizar y que deben, por lo tanto, ser igualmente debatidas y defendidas.

Durante los ensayos que tuvimos en American, previos a las audiencias, fue imposible no recordar los consejos del profesor Hernán Martínez, que nos brindó su ayuda nuevamente para este concurso y quien desde la participación en el nacional estuvo atento a nuestras solicitudes y feliz con los resultados obtenidos. Asimismo, recordamos a Ángela, quien fue una pieza importante de nuestra preparación al escuchar nuestros ensayos, planteando preguntas novedosas y retadoras. Igualmente, a sus estudiantes, el equipo de la Universidad de Antioquia que participaría en el concurso de Litigio internacional en España, con los cuales tuvimos la oportunidad de compartir nuestros discursos, preocupaciones y recomendaciones.

Finalizadas las audiencias preliminares fue momento de anunciar a los semifinalistas: veinte universidades de las noventa y siete participantes, diez en cada rol. Nos encontrábamos sin certeza alguna, pues en esta versión del concurso se optó por no realizar la retroalimentación por parte de los jueces a los equipos una vez terminada la audiencia, con el fin de evitar favorecimientos e interacción entre jurados y concursantes. Sin embargo, la opinión generalizada era la necesidad de estos espacios, porque más que una competencia es un ejercicio de aprendizaje de cual se busca mejorar y, a través de las apreciaciones de los jueces, era posible escuchar las fortalezas y debilidades de los equipos, hacer un balance de cómo iba la competencia, permitiendo corregir las falencias y explotar las habilidades en cada presentación.

Los resultados fueron anunciados en la terraza del nuevo campus, una noche fría y con muchos jóvenes a la espera. El instante en que anunciaron al equipo ciento treinta y nueve entre los elegidos, luego de una confusión, se vivió un momento de

emoción, saltos, abrazos y felicitaciones. De una parte era la sensación del deber cumplido y de otra la alegría de que UNAULA se codeaba al lado de grandes universidades del país y del mundo.



Aunque no llegamos a la final, nos sentimos satisfechas con el trabajo que expusimos en el concurso, porque desde la fase escrita hasta la oral, nuestra participación se caracterizó por el esfuerzo, la disciplina y la pasión. Como resultados a nuestro favor, hicimos parte de los sesenta mejores oradores u oradoras del concurso, y de acuerdo a la lista de puntajes, fuimos el segundo mejor memorial en el rol de representantes de víctimas. Tristemente, nos alejó del primer lugar una penalidad de un punto, que nos fue impuesta en razón del reglamento. Aunque entendemos que estábamos en un concurso y por lo tanto nos arriesgábamos a este tipo de sucesos, no debería primar la forma ante el fondo, específicamente, frente a un escrito de calidad argumentativa y excelente presentación. Por lo tanto, recurrimos ante los organizadores en los momentos oportunos para efectivizar el reclamo que también está consagrado en el reglamento, sin embargo, la respuesta no fue despenalizarnos. A pesar de que un segundo puesto es un resultado muy positivo, no estamos de acuerdo con la decisión de la organización, pues a nuestro parecer no era clara la redacción del apartado por el que nos sancionaron. Más allá de haber podido ser reconocidas con “el mejor memorial en el rol”, para nosotras, era haber obtenido la mejor investigación escrita como representantes de víctimas de noventa y siete equipos, en un concurso de talla internacional.

Adicionalmente y con orgullo de lo expuesto, Alejandra David, cuando se preparaba para el Concurso de Corte Penal Internacional, nos preguntó ¿cómo es el trabajo en equipo de ustedes para los concursos? ¿Algún consejo? Realmente no eran interrogantes que hubieran surgido entre nosotras, así que tampoco habíamos pensado en la respuesta, por lo que nuestras palabras se basaron en lo vivido. En un concurso, lo más importante es comprender que quien pasa a la próxima etapa es el equipo, en ese sentido, ambas como oradoras éramos complemento de la otra, dialogando y encaminando las rivalidades y amenazas de egos que pudieran surgir, porque la unión amortigua la equivocación, el miedo o el exceso. Cuando alguna de nosotras cometió un error, la otra cayó, en su momento, se habló para concluir con una anécdota que contar y de la cual reír. Este tipo de asuntos se conversan entre el equipo, porque la prudencia permite que el exterior admire o guarde silencio. Igualmente, la disciplina debe provenir de las personas que son parte del ahora, una debió atrapar cuando la otra lanzó y viceversa. Pero al final de todo, lo importante fue la amistad que se fortaleció a través del aprendizaje, porque se compartieron sentimientos, pensamientos y acciones únicas, que terminaron por formar un equipo seguro, comprometido y realista.

Por otro lado, no podemos dejar de aludir la experiencia de estar en una ciudad de un país distinto al que se siente como propio, pues este hecho enriqueció nuestra historia, era la primera vez que teníamos un viaje internacional, lo que conllevó a un sinnúmero de nuevas y únicas vivencias.

La cultura gastronómica...

En lo que pudimos observar durante nuestro viaje, más específicamente en los lugares que conocimos de Washington D.C., aunque la gran tendencia en la comida norteamericana es la “rápida”, se trata de una gastronomía variada, teniendo presente la gran afluencia de inmigrantes procedentes de todas partes del mundo, lo que se reflejó en que durante la estadía, no identificamos una comida tradicional o típica de la ciudad. En Tenleytown, lugar cercano a la universidad, podían encontrarse comidas extranjeras como la mexicana, italiana, mediterránea y china, aunque no conformaban la mayoría. Los restaurantes, dado el rol importante del marketing, eran espacios con estilos particulares, pero en gran parte ambientados, por lo general, con música latina, transmitiendo un entorno alegre.

Con el paso de los días, los nervios y el bolsillo, nuestra hora favorita del día no era precisamente la de la comida. El sabor generalizado de los platos que llegaban hasta nuestra mesa, se caracterizaba por predominar en condimentos, conservantes y una textura grasosa, porque la opción preponderante era la hamburguesa, que nos acompañó en varias veladas durante el viaje, algunas veces quedamos satisfechas y otras arrepentidas, con deseos por los platos hogareños de nuestras madres. Incluso las frutas tenían condiciones diferentes y los precios eran sumamente elevados, en comparación a los de Colombia, por eso las opciones saludables tampoco nos complacían, ya que era inevitable percibir sabores artificiales.

El intercambio cultural...

Noventa y siete equipos, mínimo tres integrantes en cada uno de ellos, provenientes de universidades concursantes de países como Argentina, México, Brasil, Chile, Perú, España, Trinidad y Tobago, Nigeria, Colombia. Ese fue nuestro panorama durante la semana en la que se llevó a cabo el concurso, y día a día, cuando se atravesaban los pasillos del campus de la Universidad American. La variedad de acentos, léxicos e idiomas permitían sentir cómo los DDHH unen a tantas personas en el mundo, con ordenamientos jurídicos tan diversos y miles de kilómetros de distancia.

La oportunidad de hospedarnos en las residencias dispuestas para los estudiantes de la universidad nutrió ese intercambio con los demás participantes. Esto nos permitió compartir otros espacios, además de la competencia, y nos acercó a la vida universitaria que veíamos en las películas. Lastimosamente, como nuestra habitación quedaba en el sótano, estuvimos rodeadas de olores no muy agradables, la humedad y poca luz. Más que molestarnos, este hecho nos deja ahora muchas anécdotas de risas y recursividad a la hora de “atacar el problema”. Como estuvimos en estas residencias, los baños eran compartidos, incluyendo las duchas. Si bien al inicio nos preocupaba esa situación, comprobamos que efectivamente el colombiano es muy madrugador, y como nos levantábamos muy temprano –por lo general a las seis de la mañana– a preparar las audiencias, no tuvimos problemas en ese sentido. Fue hablando después con participantes de México y Perú, que comprendimos la soledad en las mañanas, pues en esos países se acostumbra iniciar las labores del día a las 9:00 a.m.

Debe resaltarse la recursividad que fuimos adquiriendo para comunicarnos con los equipos que no hablaban español, como también cuando estábamos en los restaurantes, en los buses y en las calles, pues a diario escuchábamos diversidad de idiomas provenientes de las personas que se encontraban a nuestro alrededor. Aunque hubo momentos en los que debimos utilizar nuestro inglés básico para darnos a entender, notamos que en la mayoría de lugares alguien hablaba español. De hecho, muchos de los que atendían el público también eran colombianos, por eso no tuvimos dificultad en ese aspecto. Con los días observamos que la razón de lo que exponemos es que el estadounidense no considera que debe hacer labores de mesero, cajero, aseador, etc.; porque culturalmente piensan que esos trabajos están destinados para los extranjeros.

Además de hacer nuevos contactos y amigos, fue muy grato encontrarnos en el concurso con equipos que participaron con nosotras en el de la Defensoría del Pueblo, y también otros que habíamos tenido la oportunidad de conocer cuando hicimos parte de la logística de los Cursos-Concursos del ICDH. Esto reafirma, efectivamente, que los moot courts permiten que se vaya conformando una red de amigos que comparten intereses en común y que poco a poco se van extendiendo por el mundo.

Lugares de Washington D.C.

Aunque nuestra prioridad era la competencia para obtener los mejores resultados, tuvimos la oportunidad de conocer distintos lugares de la ciudad. Principalmente, estuvimos en Georgetown, Tenleytown y el centro.

Los alrededores de la universidad eran tan grandes, que esta disponía de buses gratuitos que permitían a las personas desplazarse a través del campus y las residencias, incluso llegar hasta la estación del metro más cercana. Contrario a la creencia popular, todos los lugares que visitamos estaban rodeados de amplias zonas verdes, limpias y cuidadas, que complementaban el paisaje de casas antiguas y rústicas. No era común observar edificios de grandes magnitudes y la bandera estadounidense la vimos izada en la mayoría de lugares de la ciudad. Las calles con frecuencia eran desiertas y tranquilas, los autos les daban preferencia a los peatones y, en general, se observaba una cultura “organizada”. De igual forma, las personas eran serias y enfocadas en sus actividades personales, no se les hacía extraño encontrar personas hablando en otro idioma, aunque con vernos reconocían que éramos extranjeros.



Durante nuestra estadía, el clima estuvo muy frío para lo que esperábamos, pero sin duda alguna, en este aspecto lo que más influyó en nuestro viaje fue la hora en que oscurecía, porque efectivamente eso hizo que los días fueran más provechosos y nos permitió conocer mucho más. Aunque era extraño para nosotras ver un sol radiante a las 7:00 p.m., fue algo que nos gustó de la experiencia, porque de una u otra forma esto repercutió en el estilo de vida y esa circunstancia nos permitió acercarnos a la cotidianidad del país.

La mejor opción para transportarse en la ciudad fue el metro, inaugurado desde 1976, es subterráneo y recorre toda la ciudad con ochenta y seis estaciones. Un asunto curioso de las costumbres estadounidenses es que en las escaleras eléctricas, las personas se ubican siempre al lado derecho, dejando libre el izquierdo, por donde pasan todos los que van apresurados. Por nuestra parte fue difícil adaptarnos a esta norma de urbanidad y algunos afanados sufrieron las consecuencias. El metro tenía bajo costo en comparación con los taxis, era muy rápido y amplio, en las ocasiones que lo usamos hubo pocas personas en los vagones. Los tiquetes para ingresar se compraban a través de una máquina de autoservicio, que expedía una tarjeta que se recargaba, con ella podía ingresarse y el monto final se cobraba al terminar el trayecto, es decir, el precio dependía del tiempo que se estuviese dentro del metro. Fue muy fácil usar este medio de transporte porque en las diferentes estaciones había información suficiente y clara de las conexiones y los lugares cerca de cada una.

Los recorridos en el metro se acompañaron de conversaciones con nuestros conocidos, risas y descanso, pues contrario a la vista que se tiene en el metro de Medellín, crítica de unos y placer de otros, con las montañas, el río, las calles y las casas; en el de Washington, aunque las ventanas son transparentes, dada su profun-

didad, no hay otro paisaje que las estaciones que se van dejando atrás y la oscuridad propia de inmersión en la tierra.

Un día nos dirigimos hacia el centro de la ciudad y la primera sensación que tuvimos fue de grandeza y opulencia. Pues contrario al paisaje que se contemplaba desde la universidad, el del centro se componía de inmensas construcciones antiguas y de variedad de arquitectura, que componen el núcleo de gobierno del país, se podía respirar el nacionalismo en su máxima expresión.



La Casa Blanca, altamente vigilada y asediada, no es tan grande como se cree, pero recoge esa sensación de la vida norteamericana, tranquila. A las afueras de esta podían verse dos panoramas de contraste. Por un lado, carros llenos de mercancías y recordatorios con el emblema de la actual presidencia “Make America great again”, por otro, había personas manifestando en pro de distintas causas. Nos llamó la atención principalmente el sobrino de Concepción Picciotto, la activista más antigua de los Estados Unidos, quien tenía la intención de continuar la labor de su tía y estar permanentemente frente a la Casa Blanca en su campamento de la paz, en protesta por la proliferación de las armas nucleares. A pesar de que no recordamos su nombre, hablaba numerosos idiomas, entre ellos un poco de español, así que pudimos compartir una conversación acerca de él y su lucha.

Los memoriales a Washington y Lincoln reafirman el poderío que caracteriza a Estados Unidos, demuestran pulcritud, majestuosidad y el agradecimiento nacional a estos personajes de su historia. Junto con los dedicados a la Segunda Guerra Mundial y la de Vietnam, inspiran un sentimiento de lucha y rememoración. Asimismo, pudimos confirmar el nacionalismo cuando observamos que en las listas de los soldados fallecidos, se dejaban numerosas cartas de familiares y amigos, todas acompañadas de flores y la bandera del país, un símbolo de orgullo y profundo respeto. También notamos que la mayoría de visitantes provenían de excursiones de distintos Estados del país y nos contaban que los estadounidenses acostumbran recorrer cada año los memoriales para reafirmar la patria.



Los responsables del concurso realizan unas visitas a la Organización de los Estados Americanos (OEA), para todos los participantes el día de las semifinales. Luego de nuestra audiencia pudimos asistir, observando durante el recorrido las diferentes embajadas de los países que se ubicaban en las zonas aledañas, y que eran por lo general grandes casas que se distinguían con las banderas de cada uno de ellos. Las más majestuosas, sin duda alguna, fueron la rusa y la brasileña, a pesar de que no pudimos detallarlas por la premura del tiempo.

Una vez en la OEA, un edificio reciente y adornado al ingreso con las banderas de los Estados miembros, tuvimos la oportunidad de conocer el lugar de trabajo de la CIDH, de atender una conferencia acerca de sus funciones y las pasantías, para, finalmente, recorrer sus instalaciones y poder llevar con nosotros los libros e informes que nos gustaran. Era gracioso ver cómo todos volvíamos a las residencias con nuestras manos llenas y nuestros rostros con la ilusión de regresar a ese lugar, del que tantas veces leímos en la distancia.



Finalizado el concurso, regresamos al centro de la ciudad con la intención de conocer los lugares que nos faltaba visitar. Inicialmente, nos dirigimos al Museo de Historia Natural, con gran afluencia de personas y con numerosas muestras en distintas formas de los ecosistemas y los animales que habitan en ellos. Gracias a la hora de cierre de estos lugares, pudimos entrar también al Museo de Historia Americana, que era la muestra fiel del patriotismo y que a través de sus exposiciones mostraba las vivencias norteamericanas desde la óptica de las guerras, sus mandatarios y las costumbres pasadas.

Saliendo del museo, observamos un festival de jazz con una masiva asistencia de personas y disfrutamos por un tiempo de la música y los famosos *hot dogs* estadounidenses, que por cierto, nos encantaron. En uno de nuestros recorridos por las calles de la ciudad, pudimos observar una mujer afrodescendiente que cantaba en medio de las personas que caminaban a su destino, su canto nos tomó por sorpresa y amenizó esa parte de nuestro trayecto. La mujer se encontraba en una esquina de las calles principales de Georgetown, acompañada de un piano, un micrófono y un gran equipo de sonido que hacía posible escucharla por largas y numerosas calles. Contrario a lo que se acostumbra en Medellín, las personas recibían su trabajo con entusiasmo, agradeciendo su talento; incluso, en su espacio, tenía carteles con frases inspiradoras que demostraban que se había apropiado de ese lugar a través de su arte.



Finalmente, nos dirigimos hasta el Capitolio Nacional, que reafirmó la suntuosidad de las demás construcciones gubernamentales, acompañados a nuestras espaldas por música clásica que generó en el ambiente esa sensación de alabanza nacional. Curiosamente no había muchas personas, así que pudimos observar con mayor detalle. Cerca al Capitolio se encontraba un lago, que acompañado por el atardecer complementó el paisaje con diversidad de colores, y permitió llevarnos la más linda postal como recuerdo de nuestra última noche en Washington D.C.

Inesperadamente, Panamá...

Finalmente, con las maletas hechas y el deber cumplido, iniciamos el viaje de regreso, con la sorpresa de que al retrasarse la salida del vuelo en Washington, no pudimos abordar el siguiente avión en la escala de Panamá. Por este motivo, la aerolínea nos brindó la estadía durante un día, y con ello, tuvimos la oportunidad de recorrer la Cinta Costera, observando el paisaje y presenciando un contraste visual, pues la Ciudad de Panamá, contrario a la capital estadounidense, se caracteriza por sus lujosos rascacielos, la vista al mar, palmeras y un clima excesivamente caluroso. También era bastante diferente el rango de precios, específicamente, el transporte, puesto que si bien en ambos lugares la moneda oficial es el dólar, un taxi en Panamá costaba lo mismo que un trayecto en un bus de Washington.

Aunque la estadía en la ciudad fue muy corta, esperamos volver y darle una nueva oportunidad a los panameños y las panameñas, pues debemos decir que las personas con las que interactuamos fueron muy descorteses, o a lo mejor, es una errada impresión de unas paisas más. Conocimos a un taxista que nos dio un pequeño recorrido por los alrededores del hotel y nos extendió la invitación a su país. Acompañadas de un recuento histórico, de sus palabras, nos llamó la atención particularmente sus quejas respecto a que él y sus conocidos y conocidas se sentían felices de vivir con colombianos y colombianas porque era la costumbre en su ciudad, pero que no soportaban más a los venezolanos y venezolanas por el aumento de violencia y criminalidad en Panamá, desde que se agudizó la situación en su país de origen, generando numerosos desplazamientos.

El azar que nos llevó a conocer un poco de esta ciudad, agregó a esta experiencia, sin duda alguna, nuevos matices y vivencias. El hecho de percibir los aromas provenientes del mar, ver un paisaje distinto y comer de forma saludable generó un



complemento inesperado, que cerró con una inmensa gratitud la participación en el Concurso Interamericano de DDHH. Al regresar a Colombia, en un sentir crítico y de risas, la frase fue ibienvenidas a su país “tercermundista”!

Luego del recuento de nuestras vivencias como apasionadas por los DDHH y como semilleristas, debemos finalizar agradeciendo a la universidad por el apoyo, seguimiento y reconocimiento que siempre nos brindaron en cada uno de los concursos. Además de la alegría que nos genera el hecho de que se esté comenzando a fijar la mirada de la Facultad a la temática de los DDHH, permitiendo la participación de otros estudiantes en nuevos concursos y expandiendo así las fronteras de nuestra alma máter.



Con la realización de este artículo esperamos que se fortalezca la participación de la universidad en estos eventos, y que con su lectura, los estudiantes unaulistas se motiven a abrir la puerta para dejar que experiencias como las que narramos, hagan parte de su aventura universitaria. Conocemos de primera mano el talento que existe en las distintas aulas, por ello esperamos poder ser parte de la preparación para próximos concursos y de la retroalimentación de cara a lo que hemos vivido, pues de una u otra forma, queremos retribuirle a la universidad lo que nos ha brindado en estos años.

A la cuestión ¿participaremos en otro concurso? Esperamos que los intereses propios confluyan con el tiempo, porque nuestras prioridades en este momento, se encuentran lejos del Moot Court más cercano. Sin embargo, nos encantaría, con el antecedente que exponemos, ser oradoras en el Concurso Internacional de DDHH del ICDH, donde crecimos, y con el reto, por no haberlo sido antes, como agentes del Estado.